

Nota: ¿Qué pasa con la familia Iglesia?

*Antonio José Velázquez Delgado**

Al pretender dar respuesta a la pregunta sobre ¿Qué pasa con la familia Iglesia? No deja de pasar por mi mente las diversas situaciones o realidades por las que atraviesa hoy día la familia, en especial la familia en América Latina y El Caribe, la cual enfrenta grandes desafíos, algunos de ellos debido a la organización de las sociedades modernas, de los procesos de industrialización, la migración, la expansión impresionante de las ciudades, el ritmo sin precedentes de la tecnología, de la ciencia y del mundo laboral el cual hace difícil que los padres pasen tiempo con sus hijos y puedan educarlos, el cambio social el cual ha generado el anonimato, la impersonalidad y la alienación en las familias. Todo esto movido por la globalización. Otros desafíos son de carácter antropológico y están influenciados por los cambios culturales, éticos y religiosos que están aconteciendo actualmente.

Todas estas situaciones han originado una sociedad fracturada, donde se ven afectados “los vínculos familiares y termina por considerar a cada miembro de la familia como una isla” (SÍNODO 2014 - Relación Final N. 5)¹ dando paso a un individualismo exage-

* Sacerdote Venezolano. Secretario Ejecutivo del Departamento de Familia, Vida y Juventud del CELAM. Correo: familiayvida@celam.org

¹ Siglas utilizadas: DA: Documento de Aparecida; LG: *Lumen Gentium*; FC: *Familiaris Consortio*; EF: Efesios; CPV - IF: Concilio Plenario de Venezuela - Documento: Iglesia y Familia. Presente y Futuro.



rado donde impera la apatía, la indiferencia y la falta de compromiso que, a su vez, contribuyen a la descomposición y desintegración de la familia. También observamos como los miembros de la familia se dejan adsorber por el consumismo compulsivo y sin sentido, por el hedonismo, por la mentalidad anticoncepcional, por el consumo de drogas, la degradación de algunos valores fundamentales, la delincuencia, la violencia intra y extra familiar, el crimen, entre otros..., generando en la sociedad un sentimiento creciente de inseguridad, de pérdida de credibilidad en las instituciones públicas, de vulnerabilidad e incertidumbre y de un vacío existencial generalizado. “A esto se le suma... la crisis de la fe, que ha tocado a tantos católicos y que con frecuencia está en el origen de la crisis del matrimonio y de la familia” (SÍNODO 2014 - Relación Final N. 5).

Merece también nuestra atención, que muchas familias de nuestra sociedad latinoamericana están sumergidas en la pobreza y precariedad extrema donde muchas veces son explotados y marginados por carecer de una vivienda, empleo, alimentación, educación y asistencia médica, que les permita vivir dignamente en la sociedad.

Muy bien nos lo expresó el Papa San Juan Pablo II, cuando nos pidió reconocer que “La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura” (cfr. FC 1). Y nuestras familias latinoamericanas no escapan de esta realidad, por ello el documento de Aparecida en su numeral 43 declara: “En nuestros países, una parte importante de la población está afectada por difíciles condiciones de vida que amenazan directamente la institución familiar”.

A pesar de toda estas situaciones o realidades por las que atraviesan nuestras familias, no debemos olvidar que la Iglesia ha hecho de la familia una de sus grandes preocupaciones. Basta con echar una mirada a la riqueza del Magisterio Universal, Latinoamericano y Local sobre el matrimonio y la familia, la creación y existencias de Instituciones, la promoción de celebraciones familiares,

los Encuentros de las familias, la convocatoria y celebración del Sínodo de los Obispos sobre “Los Desafíos pastorales de la Familia en el contexto de la evangelización” por citar los más evidentes.

Todo esto con la finalidad de acoger con misericordia, acompañar, formar y ayudar a la familia a sanar tantas heridas para encontrarse con la belleza y buena nueva del Evangelio y pueda así vivir su vocación a ser una “Comunidad de Vida y Amor” donde “los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada” (LG 11).

Para que los padres de familia asuman su vocación como transmisores de la fe a sus hijos, es necesario guiarla por un proceso de evangelización, donde puedan reencontrarse con la fe:

“la fe es, pues, encontrar un tú que me sostiene y que en medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no solo ansía la eternidad sino que la otorga” (J. Ratzinger, introducción al cristianismo).

Desde la vivencia de la fe, los padres reconocen que para poder transmitirla a sus hijos deben comenzar por recibir y escuchar las verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son enseñadas por la Iglesia. Para lograrlo es importante, que mediante el testimonio de vida, sean los primeros anunciadores del Evangelio ante los hijos, a través de la vivencia de la oración en familia y enseñando a los hijos a hablar con Dios, dedicándose con ellos a la lectura de la Palabra de Dios e introduciéndolos en la intimidad del Cuerpo de Cristo mediante la iniciación cristiana “que parte del bautismo, pasa por la confirmación y Eucaristía, para llegar al sacramento del matrimonio, que constituye la base de la Iglesia doméstica y la fuente propia de un estado de gracia y santidad para los esposos y los hijos, según la afirmación del Vaticano II:



“En virtud del Sacramento del matrimonio por el que significan y participan del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (Ef 5,22), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y en la educación de la prole, y por eso poseen su propio don dentro del Pueblo de Dios, en su estado y en su forma de vida. De ese consorcio nace la familia en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana, quienes por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos por el bautismo en hijos de Dios”. (CPV - Documento 6 IF N. 41).

Por tanto uno de los campos en los que la familia es insustituible es ciertamente el de la educación religiosa, gracias a la cual la familia crece como “iglesia doméstica”.

Si cada familia llega a verse así, “iglesia doméstica”, santuario de la vida y del amor, signo del “gran misterio”, entonces con facilidad puede descubrir su propia vocación evangelizadora. Como iglesia doméstica ha recibido de Dios la misión de difundir el Evangelio, de ser comunidad salvadora, pues a través de la familia discurre la historia de la salvación de la humanidad. Ella es apta para anunciar, celebrar y servir el evangelio de la vida.

A continuación me permito mencionarles ¿Cuáles son las características de la familia Iglesia?

- Está abierta a la vida: la familia custodia y engendra el don de la vida y por el don de la fe engendra la vida de la gracia: lleva a sus hijos al bautismo y transmite amor, fe y esperanza “mediante la palabra y el ejemplo” (LG 11).
- Es impulsada por el auténtico amor.
- Transmite y celebra la fe.
- Pone a Cristo centro de la familia.
- Acoge el Evangelio y se enseña a madurar la propia fe.
- Lugar donde Cristo obra el crecimiento del Reino de Dios.

- Busca vivir la comunión y participación.
- Está al servicio de la sociedad y de la Iglesia. Sale de sí misma
- Entre sus miembros aprende a quererse, ayudarse, compartir, perdonar, convertirse.

PARA CONCLUIR

La familia como Iglesia doméstica, para cumplir con su cometido de ser comunidad de fe, amor y vida, ha de superar todo individualismo y egoísmo presente en la sociedad actual, para lograrlo es importante que se vincule a la parroquia, a la comunidad y a otras comunidades en las que sea fermento de comunión y de participación.

Para ayudarla la Iglesia debe impulsar todos sus esfuerzos pastorales para que siga siendo la primera escuela de la fe de los discípulos misioneros del Señor Jesús. El documento de Aparecida en el numeral 302 nos dice:

“Para que la familia sea ‘escuela de la fe’ y pueda ayudar a los padres a ser los primeros catequistas de sus hijos, la pastoral familiar debe ofrecer espacios formativos, materiales catequéticos, momentos celebrativos, que le permitan cumplir su misión educativa. La familia está llamada a introducir a los hijos en el camino de la iniciación cristiana. La familia, pequeña Iglesia, debe ser, junto con la Parroquia, el primer lugar para la iniciación cristiana de los niños. Ella ofrece a los hijos un sentido cristiano de existencia y los acompaña en la elaboración de su proyecto de vida, como discípulos misioneros”.